trador. Entonces empezó á golpear como uno que apalea trigo. Nada se movía en la cama. La silla se rompía en pedazos; pero le quedaba un barrote en la mano y pegaba sin descanso, anhelando.

De pronto se detuvo para preguntar:

—¿Me dirás quién era?

Melina no contestó.

Entonces, rendido de fatiga, idiotizado por la violencia de su cólera, se sentó de nuevo en el suelo, se tendió y se durmió.

Al día siguiente, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vió á Jeremías que roncaba en el suelo donde había los restos de una silla, y, en la cama, una masa informe de carne y de sangre.

MOSCA

MOSCA

RECUERDOS DE UN REMERO

Nos dijo:

No podéis imaginar las cosas y las muchachas inverosímiles que he visto cuando me divertía remando. Mil veces se me ha ocurrido escribir un tomito, titulado «En el Sena,» para contar la existencia enérgica y despreocupada, alegre y pobre á un tiempo, bulliciosa y sana que llevé de veinte á treinta años.

Era un empleado sin un céntimo, ahora soy un hombre rico que puede derrochar sumas enormes por satisfacer un momentáneo capricho. Pero entonces sentía mil deseos modestos é irrealizables

que encantaban mi existencia, y ahora creo que no hay capricho capaz de hacerme dejar el sillón en que dormito. ¡Cuán sencillo y agradable, y difícil también, resultaba pasarse la vida entre la oficina de París y el río en Argenteuil! Mi única, mi grande, mi absorbente pasión durante diez años, fué el Sena. ¡Cuán hermoso y tranquilo, variado y mal oliente aparecía el río, henchido de ficciones é inmundicias! ¡Cuán agradables los paseos que daba por sus orillas floridas, viendo á las ranas que soñaban medio sumergidas sobre una hoja de nenúfar, y los lirios de agua graciosos y frágiles irguiéndose entre altas hierbas que me recordaban los paisajes de los abanicos japoneses, cuando, detrás de un sauce el martín-pescador huía ante mí como una llama azul! Amé todo aquello con amor instintivo que desde mis ojos irradiaba por todo el cuerpo, produciéndome una alegría natural y profunda.

Así como otros recuerdan noches de amor, yo recuerdo auroras espléndidas entre las brumas matutinas, blancas, flotantes, descoloridas antes de ver el sol y luego, cuando el primer rayo de oro las hería, sonrosadas y bellas hasta lo indecible; y recuerdo también las noches de luna plateando el agua, engendrando los más suaves ensueños.

Y todo aquello, símbolo de la eterna ilusión, lo veía yo en el agua mansa que corría hacia el mar arrastrando toda la basura de París.

¡Qué vida tan alegre la que llevábamos mis camaradas y yo! Eramos cinco, hoy hombres graves, pero pobres entonces. En un tabernucho de Argenteuil habíamos fundado una colonia que sólo poseía una sala-dormitorio, donde pasé, ciertamente, las más locas noches de mi existencia. Sólo pensábamos en divertirnos y en remar, pues el remo, menos para uno, era para nosotros un culto. Recuerdo aventuras tan increíbles, bromas tan endiabladas que nadie querría creerlas, pues ya los jóvenes viven de otro modo y no comprenden los goces que aquella vida nos producía.

Entre los cinco poseíamos una lancha, comprada á costa de mil esfuerzos y dentro de la cual he reído como no reiré jamás. Era un yole ancho y un tanto pesado, pero sólido y cómodo. No os retrataré mis compañeros. Había uno, malicioso, pequeñín, llamado: «Petit Bleu;» otro alto, mal encarado, de ojos grises y pelo negro, llamado: «Tomahawk;» otro, gracioso, haragán, llamado: «La Tôque;» uno muy elegante y esbelto, llamado: «El de un ojo» porque llevaba monóculo y en recuerdo de

una novela de Cladel, y yo, á quien bautizaron con el nombre de José Prunier. Vivíamos en buena armonía; y nuestra única pena era carecer de timonela. Una mujer es indispensable en una canoa, porque aviva la inteligencia y el corazón, porque anima y divierte y distrae y produce muy buen efecto cuando, con una sombrilla roja, pasa entre las verdes orillas. Pero no queríamos, nosotros que no nos parecíamos á los demás remeros, una timonela vulgar. Queríamos algo sorprendente, gracioso, atrevido, diferente de lo visto. Habíamos ensayado muchas timonelas; pero todas preferían el vinillo que achispa, al agua que anda y sostiene las lanchas. Venían con nosotros un domingo y se las despedía luego con asco.

He ahí que un sábado por la noche «El de un ojo» trajo una muchacha, viva, graciosa, delgaducha, bromista, una verdadera parisién de esas que crecen en el arroyo. Era agradable, pero no linda, un boceto de mujer de esos que los dibujantes trazan con tres líneas en el mármol de las mesas de café, entre una copa de aguardiente y un cigarrillo. La naturaleza produce algunas de esas mujeres.

La primera noche nos admiró, nos divirtió y nos dejó perplejos á fuerza de salidas graciosas, de fra-

ses oportunas. Caída en aquel nido de hombres dispuestos á todas las locuras, en breve se hizo dueña de la situación y nos conquistó á todos.

Era una locuela, nacida con una copa de ajenjo en la tripa, que su madre debió beber al parirla. Y después no se había desemborrachado jamás, pues su nodriza, á lo que decía, se reforzaba con aguardiente, y llamaba: «mi santa familia» á las hileras de botellas que había en los mostradores de los cafés.

No sé cuál de nosotros la bautizó «Mosca,» ni por qué se le dió tal nombre; pero le cuadraba y le quedó. Y nuestro yole, que se llamaba *Hoja al Revés*, hizo flotar en el Sena, entre Asniéres y Maisons-Laffitte, cinco mocetones alegres y robustos, guiados, bajo una sombrilla encarnada, por una personita vivaracha y atolondrada, que nos trataba como esclavos encargados de pasearla por el agua, y á la cual queríamos de todas veras.

La queríamos por mil razones y por una en particular. Era, en la popa de la lancha, una especie de molino de palabras, que charlaba sin descanso. Charlaba de continuo, y soltaba los mayores despropósitos con una gracia encantadora. Su inteligencia parecía hecha de retazos mal unidos entre

sí, y había en ella la gracia de un cuento de hadas, impudencia, cinismo, vis cómica, cuanto agrada y seduce en una boca de dieciocho años escuchado por oídos de veinticinco.

Se le preguntaba para oir respuestas estrambóticas. La que le hacíamos más á menudo, era:

—¿Por qué te llaman «Mosca»?

Y contestaba tales disparates que dejábamos de remar para reirnos á mandíbula batiente.

Nos gustaba como mujer; y La Tôque, que no remaba jamás y se pasaba el día sentado junto á ella en la popa, contestó una vez á la pregunta habitual: «¿Por qué te llaman Mosca?»

—Porque es una cantárida.

Sí, una cantárida zumbadora que producía fiebre, no la clásica cantárida venenosa, brillante, esmaltada; sino una cantaridilla de alas rojas que empezaba á turbar de extraño modo á la tripulación entera de la *Hoja al Revés.*

¡Cuántas bromas estúpidas acerca de la hoja en que se detuvo la Mosca!

«El de un ojo» desde que llegó la Mosca había adquirido cierta preponderancia entre nosotros; representaba el papel de un caballero que tiene mujer entre cuatro que no la tienen. Abusaba de sus

privilegios hasta el punto de exasperarnos, besando á Mosca, sentándosela sobre las rodillas al acabar de comer, haciendo muchas otras cosas que nos humillaban é irritaban.

Les habíamos aislado en el dormitorio por medio de una cortina.

Pronto advertí que mis compañeros debían pensar lo mismo que yo, poco más ó menos: «¿En virtud de qué ley, de qué principio inaceptable, Mosca, que no parecía muy escrupulosa, debía ser fiel á su amante cuando las mujeres más encopetadas no lo son á sus maridos?

Nuestra reflexión era justa. Pronto nos convencimos de ello. Con haberla hecho un poco antes no hubiésemos perdido tiempo. Mosca engañó á «El de un ojo» con todos los demás marineros de la *Hoja al Revés.*

Le engañó sin dificultad, sin resistencia, á la primera insinuación, de nuestra parte.

Ya sé que las gentes pudibundas se han de indignar muchísimo.

Pero, ¿cuál es la cortesana en moda que no tiene una docena de amantes y cuál de esos amantes es bastante idiota para ignorarlo? ¿No es acaso costumbre pasar una noche en casa de una mujer cé-

lebre y bien pagada, como se pasa una velada en la Ópera, en la Comedia y en el Odeón, desde que se representa allí las obras de los medio-clásicos? Se conciertan diez para pagar una cortesana que pasa grandes apuros para distribuir su tiempo, lo mismo que se juntan diez para comprar un caballo de carreras que sólo monta un jockey, verdadera personificación del amante preferido. Por delicadeza dejábamos Mosca, á «El de un ojo», desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana. Los días de navegación eran para él. Sólo le engañábamos entre semana, en París, lejos del Sena, lo cual, para remeros como nosotros, era casi como no engañarle.

Lo raro del caso era que nosotros cuatro sabíamos perfectamente las místicas traiciones de Mosca, de las cuales hablábamos entre nosotros, y hasta con ella, por medio de alusiones que la hacían reventar de risa. Unicamente «El de un ojo» parecía ignorarlo todo, y ésto hacía que hubiese entre él y nosotros una especie de embarazo que parecía aislarle, levantar una barrera á través de nuestra antigua confianza é intimidad, lo cual le hacía representar un papel difícil y un tanto ridículo, un papel de amante engañado, casi de marido.

Como era muy inteligente y muy ladino, nos preguntábamos alguna vez con cierta inquietud si habría descubierto algo.

Un día aclaró nuestras dudas de un modo harto desagradable para nosotros. Ibamos á almorzar á Bougival y remábamos con vigor, cuando «La-Tôque», que tenía aquella mañana el aire triunfal de un hombre satisfecho, y que, sentado junto á la timonela, parecía estrecharse demasiado contra ella, detuvo la marcha gritando «¡Stop!»

Los ocho remos salieron del agua.

Entonces, volviéndose hacia su vecina, preguntó:

—¿Por qué te llaman Mosca?

Antes que hubiese podido contestar, la voz de «El de un ojo», sentado á proa, articuló con sequedad:

—Porque se posa sobre todas las carroñas.

Primero reinó gran silencio, cierto embarazo, y después nos dieron ganas de reir. Hasta Mosca parecía cortada.

Entonces La-Tôque mandó:

—¡Avante!

La barca siguió su camino. El incidente había terminado; todos sabíamos á qué atenernos.

Aquel caso no cambió en lo más mínimo nues-

tras costumbres y restableció la cordialidad entre nuestro compañero y nosotros. Fué desde entonces otra vez el propietario respetado de Mosca desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana, habiendo establecido su superioridad sobre nosotros por medio de aquella definición que cerró de un modo definitivo las preguntas sobre la palabra «Mosca». Nos contentamos desde entonces con el papel secundario de amigos reconocidos que aprovechaban discretamente el resto de la semana para engañarse mutuamente.

Todo marchó como sobre carriles durante unos tres meses. Pero de pronto Mosca empezó á mostrarse inquieta, menos alegre, nerviosa, casi irritable. Le preguntábamos sin cesar:

—¿Qué te pasa?

Y nos contestaba:

—Nada. Déjadme en paz.

El enigma nos fué revelado una noche por «El de un ojo». Acabábamos de sentarnos en el comedor que nuestro tabernero Barbichón nos reservaba en su tabuco, cuando, después de comer la sopa, nuestro amigo, que parecía inquieto también, tomó la mano de Mosca y dijo así:

—Queridos compañeros: he de haceros una co-

municación muy grave y que quizá acarree largas discusiones. Nos queda, sin embargo, tiempo para discutir. La pobre Mosca me ha anunciado una noticia desconsoladora, encargándome que os la comunique. Está preñada. Sólo he de añadir dos palabras: no es cuestión de abandonarla y se prohibe toda averiguación acerca de la paternidad.

Reinaron unos instantes de estupor; nos parecía que había acontecido un desastre; y nos mirábamos unos á otros con ganas de acusar á alguien. ¿Pero á quién? ¿á quién? Nunca como entonces comprendí la perfidia de esa broma de la Naturaleza que no deja jamás que sepa un hombre de un modo cierto si es el padre de su hijo.

Luego, poco á poco, sentimos cierto consuelo que nos tranquilizó, pensando en que todos éramos solidarios de lo que ocurría.

Tomahawk, que apenas hablaba, formuló su opinión con estas palabras:

—A fe mía que poco me importa; la unión hace la fuerza.

Los barbos hicieron su aparición y los comimos con menos apetito que de costumbre, porque, á pesar de todo, nos sentíamos algo inquietos.

«El de un ojo» añadió:

—Ha tenido la delicadeza de hacerme una confesión plenaria. Todos somos igualmente culpables. Estrechémonos las manos y adoptemos el bebé.

Así se acordó por unanimidad. Extendimos los brazos hacia la fuente de pescado frito y juramos:

—Queda adoptado.

Entonces, salvada de tenazón, libre del peso horrible de la inquietud que torturaba su pobre cabecita loca, Mosca exclamó:

—¡Ah! ¡amigos míos! ¡amigos míos! sois unos buenos chicos... sois unos buenos chicos... ¡Gracias, gracias!

Por primera vez lloró ante nosotros.

Desde entonces se habló del chico en la barca como si hubiera nacido ya, y todos nos interesábamos con una solicitud exagerada de coopartícipes por el desarrollo que adquiría el talle de nuestra timonela.

De pronto cesábamos de remar para preguntar:

—¡Mosca!

Ella contestaba:

—Presente.

—¿Chico ó chica?

—Chico.

—¿Qué será con el tiempo?

Entonces ella dejaba que su imaginación vagase del modo más fantástico.

Hacía relatos interminables que abarcaban desde el nacimiento hasta el día del triunfo definitivo. Aquel chico lo fué todo en la imaginación cándida, apasionada, enternecedora, de la muchachuela que vivía castamente entre nosotros cinco, á quienes llamaba sus «cinco papás». Le vió marino, descubriendo un nuevo mundo, mayor que América, general victorioso que devolvía á Francia la Alsacia y la Lorena; luego emperador que fundaba una dinastía de soberanos generosos y prudentes que daban á nuestra patria la felicidad definitiva; luego sabio que descubrió la piedra filosofal, el elixir de larga vida y la navegación aérea, lo cual permitía visitar los astros y convertir el infinito cielo en un inmenso paseo para los hombres, realizando así los sueños más magníficos y deslumbradores.

¡Cuán graciosa y divertida estuvo la pobre chica hasta fines de verano!

El veinte de septiembre desapareció su ensueño. Volvíamos de almorzar en Maisons-Laffitte y pasábamos delante de Saint-Germain cuando tuvo sed y nos rogó que nos detuviésemos en el Pecq.

Desde algún tiempo antes había perdido su agili-

dad lo cual la aburría soberanamente. No podía brincar como en otro tiempo desde la barca á la orilla como de costumbre. Trataba, sin embargo, de hacerlo á pesar de nuestros gritos y esfuerzos, y veinte veces, sin el auxilio de nuestros brazos, hubiera caído.

Aquel día tuvo la imprudencia de saltar antes que la barca se hubiese detenido, haciendo una de aquellas bravatas que á veces matan á los atletas enfermos ó cansados.

En el mismo momento que íbamos á atracar, sin que pudiésemos prever ni prevenir su movimiento, se levantó, tomó impulso y trató de saltar al muelle.

Demasiado débil, sólo pudo tocar con la punta del pie el borde de la piedra, resbaló, chocó con el vientre en el ángulo agudo, lanzó una gran voz y desapareció en el agua.

Nos lanzamos los cinco y la sacamos desfallecida, pálida como una muerta y padeciendo ya atroces dolores.

Fué preciso llevarla en seguida al mesón más cercano y llamar á un médico.

Durante las diez horas que duró el aborto, soportó con valor heroico abominables tormentos, padecíamos en torno suyo de angustia y de miedo.

Dió á luz un niño muerto, y durante algunos días temimos que muriese la infeliz.

El doctor nos dijo por fin una mañana: «Creo que está salvada. Esta chica es de acero». Entramos juntos en la habitación, radiantes de alegría.

«El de un ojo», hablando en nombre de todos, le dijo:

—Ya no hay peligro, Mosquita; te felicitamos.

Entonces, por segunda vez, lloró delante de nosotros y balbuceó:

—¡Ah, si supiéseis, si supiéseis... qué pena... qué pena... no me consolaré jamás!

—¿De qué, Mosquita?

—De haberle matado, ¡porque le he matado! ¡Oh! ¡sin querer! ¡qué lástima!...

Sollozaba. La rodeábamos conmovidos, sin saber qué decirle.

Añadió:

—¿Le habéis visto vosotros?

Contestamos á una:

—Sí.

—¿Era un muchacho, verdad?

—Sí.

—¿Era bonito, verdad?

Vacilamos mucho. Petit-Bleu, el menos escrupuloso, dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Muy bonito.

Nunca lo dijera, pues empezó á gemir, casi á chillar de desesperación.

Entonces, á «El de un ojo», que era el que quizás la amaba más, se le ocurrió decirle besando sus ojos empañados por el llanto:

—Consuélate, Mosquita, consuélate; te haremos otro chico.

De pronto se despertó en ella el instinto burlón que tenía hasta en los tuétanos, y medio convencida, medio bromeando, pero llorosa aún y con el corazón angustiado, contestó mirándonos á todos:

—¿De veras?

Contestamos todos juntos:

—De veras.

LA CONFESION